

DOSITEO.—(Acercándose a primera izquierda.) ¡Chei, Alejo! ¡Vení pa cá! (Se pasea adusto y aparecen ALEJO y RICARDO.)

ALEJO.—(Bajo a Ricardo.) Se viene el aguacero.

RICARDO.—Sí estorbo...

DOSITEO.—¡No, quédese, que aquí va a haber pa todos! (A Alejo.) ¡Mirá, chei, íá sabés que a mí siempre me ha gustado que seas ladino y vivo pero que no te pásés, y vos te has pasao, caray!

ALEJO.—Pero, ¿por qué, tío?...

DOSITEO.—¡Vos le has dicho a la francesa esa del pedriguete, como dicen ustedes, que le sacara plata a ese viejo que me has presentado, y eso es una bellaquería!

RICARDO.—Pero, ¿quién le dijo eso, don Dositeo?

DOSITEO.—¿Y quién me lo va a decir? ¡El mismo viejo, pó! ¡Con razón me los has encontrao aquí entreveraos como carne pa chorizo y te has quedao lo más fresco! ¡Claro, vos estabas en la cosa!

ALEJO.—¡Pero, pero eso no es verdad, tío Dositeo!

DOSITEO.—Pero, ¿cómo él me lo ha dicho, entonces?

RICARDO.—¡De maniático que es!... Milagro que no le ha dicho que la casa es de él.

DOSITEO.—¡Sí, pó, que me lo ha dicho!

RICARDO.—¿No le dije? ¡Es la manía del viejo; lo mismo dice que es el dueño de la casa, como que tiene metidas a todas las mujeres o que ese saco que usted lleva puesto es de él!

DOSITEO.—(Dudando.) ¡Y cierto que también me dijo eso!

RICARDO.—¿No vé?

DOSITEO.—(Desconfiado.) Entonces, ¿ustedes creen que él y la Lulú no andan prendidos?

RICARDO.—¡De dónde!

DOSITEO.—Bueno; será así, pó... (A Alejo.) Pero vos, por las dudas, no me le dés mucha piola a la francesa ésa. Vos sabés que las mujeres en cuanto que les aflojás las riendas, te ahogan no más.

RICARDO.—Es lo que yo le digo siempre a éste; vos, con la sogá que les das, te vas a ver ahorcado algún día.

DOSITEO.—¡Claro! Bueno, ío me voy a cambiar los de patear, sinó el telegrama pa el capataz no sale hoy.

RICARDO.—Vaya no más, don Dositeo.

ALEJO.—Sí precisa alguna cosa, llame no más.

DOSITEO.—Sí, pó. (Mutis por segunda derecha. Ricardo y Alejo lo acompañan hasta la puerta.)

ALEJO.—¡Casi pataliamos todos aquí!

RICARDO.—¡Andá a saber lo que le habrá dicho ese viejo imbécil! Vení, vamos a ver si podemos sacar a esas. (Mutis primera izquierda. Oscurece un poco. Pausa. ELADIO, por primera derecha.)

ELADIO.—No están...

AGAMENON.—(Saliendo sigilosamente de primera izquierda.) Tío... yo me voy a sacar mi novia.

ELADIO.—¿Todavía estás aquí vos? (Agamenón se dirige a segunda izquierda, a tiempo que suena el timbre adentro.)

AGAMENON.—¡El viejo! (Mutis rápido. Eladio está groggy. Pequeña pausa, al cabo de la cual aparece RENE, en el foro.)

RENE.—¡Aquí estoy yo!

ELADIO.—¡René!... ¡Sonaste, Garibaldi! (Cae desfallecido en una silla.)

RENE.—¡Vengo dispuesta a armar el gran escándalo!

ELADIO.—¡Chissst!...

RENE.—(Agresiva.) ¿Qué?...

ELADIO.—(En voz baja.) ¡Está ahí!

RENE.—¿Quién?

ELADIO.—¡Tu padre!

RENE.—(Asombrada.) ¿Mí padre? ¿Y quién es mi padre?

ELADIO.—¿Cómo quién es tu padre? (Llevándola a segunda dere-